Levante EL MERCANTIL VALENCIANO

Søren Kierkegaard
El poeta desautorizado

Juan Arnau
Filósofo

¡Mi querido lector!, ¡lee, en lo posible, en voz alta! Al hacerlo recibirás con más fuerza la impresión de que tendrás que habértelas únicamente contigo mismo, no conmigo, «que no tengo autoridad», ni tampoco con otros, lo que sería una distracción.
S. Kierkegaard

De todos los filósofos que he leído, el mejor escritor es Kierkegaard. Le sigue de cerca Nietzsche (cuya filosofía fue generosa con la vida) y Sartre (que no lo fue tanto). Un poco más rezagados vienen los «ingleses»: Hume, Berkeley y Bergson (un escocés, un irlandés y un judío anglo-polaco nacido en Francia), más moderados que los primeros, más claros pero no menos audaces. Dicen los que saben alemán que Hegel es ilegible y Kant torpe. A veces uno se pregunta si la buena filosofía es amiga de la literatura. Sospecho que no, que lo literario siempre acaba sometido a cierta afectación, mientras que en la buena filosofía predomina lo diáfano (lo que no es óbice para que pueda tener su encanto), de hecho, Kierkegaard goza de aquello que él atribuía a Sócrates: el talante y la tonalidad afectiva, la clave (de sol) que rige su propia existencia.

Meditó, como pocos lo han hecho, la ironía, el instante y el absurdo. Escribió sobre las etapas de la vida y supo saltarse la más aburrida. Barajó como Leibniz la idea de que sólo es posible la relación con Dios, mientras que la relación con el prójimo es un simulacro donde no es posible congeniar realmente. Se gastó lo poco que le quedaba de su herencia en un panfleto que difundiera sus ideas. Concibió la fe no como confianza, sino como aventura e inquietud, como algo más intenso y poderoso que la fiebre. Y así como hay enfermos que quieren tener fiebre y no la tienen, sabía que su tiempo quería tener fe y no tenía. De él se podía decir que «testimoniaba la fe», no por sus alocuciones, ni siquiera por sus sermones (a los que se entregó durante un tiempo), sino por su misma estampa, delgada como alfiler, espigada y convulsa, que infatigablemente recorría las calles de Copenhague, como un león enjaulado.

En ese fuego cruzado que es la vida social, nos dice Kierkegaard, cada uno se ocupa de lo suyo, el adulador se ocupa de lo suyo, el funcionario se ocupa de lo suyo, el haragán (no menos atareado) se ocupa de lo suyo. Entre ellos hay un solitario, retirado en un convento o una habitación, instalado en la tribulación, prisionero de una cárcel perturbadora (Dios). Y ese solitario, que es al mismo tiempo farola de alumbrado público, es nuestro filósofo. Nadie ha sufrido como él, por eso es un experto en almas. «No hay ninguno de los llamados que no haya preferido evadirse, no hay ninguno que no haya rogado por sí mismo como un niño que suplica y ruega por sí mismo, pero no ha servido de nada, tiene que seguir adelante». El que no ha sido llamado puede angustiarse y retroceder y de hecho él mismo con gusto retrocedería, estremecido ante el horror que ve, ante el espanto de la tribulación, pero tiene que seguir. No es una cuestión de coraje. A este hombre atribulado no se le puede atemorizar porque está lleno de temor. Los que lo aprecian le piden que se cuide. Le dicen: «te haces y nos haces infelices», pues no saben que ese es el precio de la fe, y que la fe es inquietante. Pero él sigue adelante.

Conoce bien la especie de los atribulados. Hay dos clases, los atribulados por el tumulto de la exterioridad y los atribulados por la extinción de la muerte. Pero él no trabaja para la quietud, trabaja para despertar la inquietud con vistas a la interiorización. No es ningún santo, no es un testigo de la verdad, sino un poeta adelantado. No es un héroe de la fe que aspira a reformar lo establecido, aunque no tiene inconveniente en polemizar con esos «testigos» para dejar claro si son o no impostores. Y en ese trabajo se declara «poeta desautorizado». En medio del cotorreo humano, siempre hambriento, siempre apeteciendo algo, Kierkegaard tiene una misión. Y esa tarea a veces le resulta liberadora, pero en general es una inmersión en el abismo. Sabe que su inquietud es la forma más baja de la piedad, sabe, con Lutero, «que el mundo es como un campesino borracho que cuando se lo ayuda a montar en el caballo desde un costado cae por el otro».

Ustedes se preguntarán, ¿por qué la inquietud? Porque está por ver si Dios es inmutable, si lo inmutable no sufre, o si vive en mayor alegría que el cambio. A la inquietud de la fe se añade la necesidad de la gracia (lo único que salva, lo único que bendice) y como poeta adelantado lucha para que no sean tomadas en vano, pero siempre desde la falta de autoridad («estoy convencido de que no soy un alma honesta sino un tipo astuto»). Y redacta unas cuantas admoniciones, tres de ellas recogidas en *Para un examen de sí mismo recomendado para este tiempo,* su escrito más edificante y popular, coloquial, exhortativo y breve, que fue bien recibido por los lectores daneses.

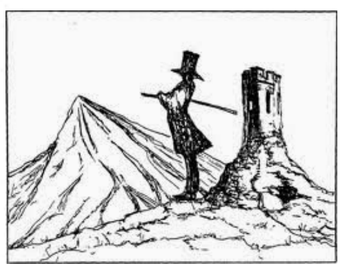
> *Para Kierkegaard, el hombre se engaña a sí mismo de muy diversas maneras, incluyendo con la erudición*

De Kierkegaard podemos aprender que las seguridades que da la boca son más engañosas que las del oído o la visión, y podemos aprender a mirarnos en el espejo de la Palabra. Hay un error común de mirar el espejo en lugar de a sí mismo: el fárrago incalculable de los eruditos, la aglomeración de las opiniones. Y para explicar este arte recurre a la imagen del enamorado que ha recibido carta de su amada. Se encierra y no quiere ver a nadie, sólo leer la carta. Pero esa carta podría estar escrita en un idioma desconocido y nadie se la puede traducir pues no quiere que otro conozca sus secretos. Y se sienta a descifrarla, quemándose las pestañas, a punto de perder la paciencia, de lanzar el diccionario por la ventana, ansioso de terminarla. Sabe que la carta contiene un deseo y se pone a cumplirlo de inmediato. No se detiene en los detalles, en si se quiso decir esto o aquello. Así es la palabra sagrada, obligan los pasajes que se entienden, lo oscuro siempre es un pretexto.

El arte de engañarse a uno mismo

El hombre se engaña a sí mismo de muy diversas maneras. Entre esos engaños está el de la erudición, la manía de intercalar capas y capas de interpretación. Ese ajetreo científico, nos dice el filósofo, nos impide penetrar en lo real. Y con ello se transforma la Palabra en algo impersonal, aséptico, culto. «La ciencia se jacta de que esto es la seriedad y la cultura ¡y relega a aquellos pobres infelices que creen en lo personal (subjetivo) al rincón de la vergüenza! ¡Oh, abismo de malicia!» Ilusiones y autoengaños que no permiten estar a solas con esa carta de la amada. La ideología es cómoda porque es abstracta, porque huye de lo concreto. En cierto sentido estar a solas con la Palabra es peligroso y uno puede acobardarse ante la posibilidad de que la Palabra adquiera poder sobre él, La exigencia podría ser demasiado alta. El hechizo de lo abstracto se ha apoderado de nuestro tiempo. Lo abstracto siempre incomoda menos, pero es necesario huir de lo abstracto para ser una persona singular, «salvada de ser esta horrible no-entidad en la que hemos sido convertidos nosotros los hombres». La seriedad ha acabado por consistir en la desconfianza hacia sí mismo, en un olvido del lema socrático. Hay quienes engañan al deseo y quienes son engañados por el deseo.

Y una máxima final, escrita hace más de 150 años y que parece que habla de twitter. «Todo hace ruido. Y el hombre, esa cabeza sagaz, que se ha vuelto casi insomne a fin de inventar nuevos, nuevos medios para aumentar el ruido, para propagar a la mayor velocidad y escala posibles, el alboroto y la banalidad. Sí, la inversión está a punto de lograrse: la comunicación casi ha sido reducida al mínimo nivel de significado y al mismo tiempo los medios de comunicación casi han llegado al máximo nivel de una veloz expansión que todo lo inunda; pues qué es lo que se tiene tanta prisa en difundir y, por otro lado, qué es lo que tiene mayor difusión que las habladurías.» Como dice el cardenal Voiello en *The Young Pope,* «los rumores corren aquí tan deprisa que a veces llegan antes que el acontecimiento». La literatura sigue siendo el discurso teórico de los procesos históricos, también en la banalidad. Frente a ello, el silencio que promete el descanso del alma, que es «como la luz tenue de un cuarto acogedor», un espíritu que vivifica y del que no se habla, pero que está ahí, ejerciendo su benéfico poder, para que uno no se convierta en disparate.



▶ **Distintas caricaturas de Søren Kierkegaard (Copenhague 1813-1855), incluyendo la de Miguel de Unamuno, quien fue el principal difusor de su obra en nuestro país. Unamuno aprendió danés para leerle.**

▶ **La «Atenas del Sócrates cristiano» llamó a Copenhague uno de los biógrafos de Kierkegaard. En las imágenes: la casa natal del filósofo, su estatua y uno de los canales típicos de la capital danesa.**

Søren Kierkegaard, el gran filósofo danés que cautivó a Unamuno, antes nos llegaba en traducciones del francés. Desde hace unos años la editorial Trotta viene ofreciendo traducciones directas a partir de la edición crítica danesa. Una obra magnífica e inquietante que vuelve a estar de actualidad en medio de los bandazos de la globalización.

MIGAJAS FILOSÓFICAS
O UN POCO DE FILOSOFÍA
Søren Kierkegaard
▶ Trotta. 120 PÁGS. 12 €

EL FILÓSOFO IMPERTINENTE
KIERKEGAARD CONTRA EL ORDEN ESTABLECIDO
Carlos Goñi
▶ Trotta. 184 PÁGS. 15 €

LA ENFERMEDAD MORTAL
Søren Kierkegaard
Prólogo y traducción de Demetrio Gutiérrez Rivero
▶ Trotta. 176 PÁGS. 13 €

Un tipo singular

Kierkegaard vivió toda su vida en Copenhague, consagrado al estudio tras renunciar a un enamoramiento juvenil.

n Jorobado y con una pierna más larga que otra, de personalidad y obra tumultuosa, desbordante e incontenible, en Kierkegaard convive el humanismo más vanguardista con un estilo audaz que discurre entre la literatura y la filosofía. En su atormentada juventud descubrió que la profunda melancolía de su padre, de la que él era reflejo, provenía de que su progenitor había maldecido a Dios. Ello le condujo a intensificar su dedicación a la teología. Se enamoró de Ragina Olsen cuando ésta tenía 14 años, pero como Dante prefirió renunciar al matrimonio y consagrar su vida al estudio y la escritura. Defendió como nadie lo había hecho las «etapas de la vida» y tuvo la listeza de saltarse la más aburrida. En la primera había que ser un esteta, y él lo fue a la perfección como muestra en su *Diario de un seductor.* La segunda debía regirse por la ética y la vida familiar. La tercera, la liberación definitiva, era la religiosa. Abogó por una vuelta al cristianismo originario y reivindicó el socratismo platónico. Defendió su punto de vista sin importarle pagar el precio del ridículo. Mantuvo que la existencia no era definible, estaba convencido de que sólo la íntima tribulación podía decantar los cambios, de la imposibilidad de una revolución externa, pública o política. A excepción de unos meses en Berlín, su vida transcurrió en Copenhague, «la Atenas del Sócrates cristiano», como la llama uno de biógrafos. En la capital alemana escuchó las lecciones de Schelling, que le pareció un pazguato y, cuando toda Europa era hegeliana, sostuvo que no había equivalencia entre ser y razón y que la verdad no sólo estaba lejos de ser «puro pensamiento», sino que se parecía más a la pura subjetividad. Una subjetividad que el hombre se oculta a sí mismo de muchas maneras: persiguiendo la felicidad, complaciéndose en lo bello, o parapetado en la buena conciencia de lo ético. En este sentido, sin saberlo, anticipó a Jung. En 1848, una experiencia religiosa lo llevó a abrazar la lucha contra la cristiandad en nombre del cristianismo y gastó todo el dinero que había heredado en publicar una revista –*El instante*– cuyos contenidos, escritos con diferentes seudónimos, eran solo suyos. Cuando se le acabó el dinero, murió. Arrinconado por la iglesia oficial y los hegelianos, fue rescatado por T. S. Haecker y Martin Heidegger y llegó a España a través de Høffding y Unamuno. Una obra cuya lectura sigue siendo puro placer para el ánimo.